

VOLTAIRE
EL INGENUO
Y OTROS
CUENTOS

Traducción y edición
Mauro Armiño

Apéndice
Francisco Alonso

Roland Barthes, uno de los críticos más lúcidos del siglo xx, calificó a Voltaire como el último de los escritores felices. Y lo fue porque, entregado con su pluma a la defensa de la razón como única medida de progreso, supo convertir su combate en una fiesta. De su ingente obra, son sus cuentos y tratados breves los que mejor ilustran el espíritu de Voltaire, encarnación de la rebeldía permanente. Con una gracia llena de vivacidad y petulancia, acompañada de la seriedad y la serenidad propias de un hijo de la razón, llevó a cabo una demolición sistemática de lo establecido, de las costumbres aceptadas, de la sociedad y los modos de pensamiento anclados en el orden sagrado impuesto por el absolutismo del siglo xviii. Y aunque Voltaire no dejó ideas o sistemas filosóficos, su ataque a los hechos, menudos o grandes, lo vincula a nuestro mundo contemporáneo tanto por los temas que trata –desde la lucha por la ilustración hasta la defensa de la tolerancia como base de la convivencia entre los hombres– como por su postura personal ante ellos, crítica y burlona. Porque es precisamente la ironía y el sarcasmo lo que hace de sus textos, representados aquí por *El Ingenuo y otros cuentos*, ejemplos supremos del relato que abre la mente a las ideas.

Índice de contenido

Cubierta

El Ingenuo y otros cuentos

Prólogo

El Ingenuo y otros cuentos

El Ingenuo

Capítulo I: De cómo el prior de Nuestra Señora de la Montaña y su señorita hermana encontraron a un hurón

Capítulo II: El hurón llamado el Ingenuo, reconocido por sus parientes

Capítulo III: El hurón llamado el Ingenuo, convertido

Capítulo IV: El Ingenuo, bautizado

Capítulo V: El Ingenuo, enamorado

Capítulo VI: El Ingenuo corre a casa de su amada, y enfurece

Capítulo VII: El Ingenuo rechaza a los ingleses

Capítulo VIII: El Ingenuo va a la corte y en el camino cena con unos hugonotes

Capítulo IX: Llegada del Ingenuo a Versalles. Su acogida en la corte

Capítulo X: El Ingenuo encerrado en la Bastilla con un janse-
nista

Capítulo XI: De cómo el Ingenuo desarrolla su talento

Capítulo XII: Lo que piensa el Ingenuo de las obras de tea-
tro

Capítulo XIII: La bella Saint-Yves va a Versalles

Capítulo XIV: Progresos del talento del Ingenuo

Capítulo XV: La bella Saint-Yves resiste a proposiciones
delicadas

Capítulo XVI: Ella consulta con un jesuita

Capítulo XVII: Ella sucumbe por virtud

Capítulo XVIII: Saint-Yves libera a su amante y a un janse-
nista

Capítulo XIX: El Ingenuo, la bella Saint-Yves y sus parien-
tes se reúnen

Capítulo XX: La bella Saint-Yves muere, y lo que luego
ocurre

Cosi-Sancta (Un pequeño mal por un gran bien. Cuento
africano)

Sueño de Platón

Historia de los viajes de Escarmentado escrita por él mis-
mo

Los dos consolados

Jeannot y Colin

Pequeña digresión

Aventura de la memoria

Elogio histórico de la Razón (Pronunciado en una academia de provincias por M...)

Las orejas del conde de Cherterfield y el capellán Goudman

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Apéndice, por Francisco Alonso

Cuadro cronológico

Documentación complementaria

1. Sobre Voltaire y su influencia
2. Sobre el siglo XVIII
3. Sobre la vigencia actual de la obra de Voltaire
4. Sobre la estructura de «El Ingenuo»

Taller de lectura

1. Esquema general de la obra del autor
2. Mapa conceptual de la obra
3. El género
4. Sobre el contenido

5. Estilo literario
6. Conclusiones
7. Propuestas de comentario
8. Actividades
9. Lista de temas tratados en la obra
10. Lecturas recomendadas
11. Bibliografía comentada

Sobre el autor

Notas

PRÓLOGO

No hay obra más enorme que la de Voltaire en la literatura francesa: son cincuenta los volúmenes que abarca su obra completa, a los que hemos de añadir una docena más de una correspondencia que cada día se revela más abrumadora e importante: por las casi veinte mil páginas que la componen pasa todo el siglo XVIII, con todos los temas que habían interesado a Voltaire desde su infancia –a los diez años ya era célebre por sus versos, a los doce por una tragedia–, hasta el punto de constituir una unidad con el resto de esa gigantesca obra. Paradójicamente, de ese inmenso fruto del trabajo del escritor, vivos solo quedan unos pocos textos y, sobre todo, el espíritu Voltaire, el personaje Voltaire, una figura siempre tensa, crítica y burlona, levantada en armas, mediante sus libros y folletos, contra las costumbres y modos de pensamiento anclados en el siglo anterior, en el absolutismo de un Luis XIV, en el control impuesto por el orden sagrado que representa la monarquía.

Por esa movilidad para pasar de un tema a otro, para tocarlos todos con su punta de ironía o con la lanza de una crítica despiadada, en vida, y en muerte, osciló entre los elogios ampulosos y los insultos más sectarios: el término *volteriano* se convirtió en el denuesto más cercano al insulto descalificador, el cúmulo de todas las maldades y perversidades posibles –salvo la del erotismo, que ha tenido en el Marqués de Sade su propietario exclusivo–. Menos el diario íntimo. Voltaire escribió en todos los gé-

neros conocidos: desde el panfleto a la alta tragedia, desde el ensayo filosófico al informe jurídico, desde el análisis científico a la novela y el cuento, pasando por la poesía, a la que se acercó con un espíritu racionalista y moralizante que cerró el camino a cualquier hallazgo.

Pero ¿qué queda hoy, además de la rebeldía permanente como encarnación del espíritu volteriano, de esa gigantesca obra? ¿Por qué ese calificativo de «nuestro contemporáneo» que siempre le acompaña? Entre 1706 y 1707, fecha de su primer texto conocido –una epístola a Monseñor, título del hermano del rey–, o 1709, año de su primer poema –una *Oda a Santa Genoveva*–, y 1778, cuando los *Diálogos de Evémero*, *El sistema verosímil* y una *Carta del señor Hude* cierran su ciclo vital, hay setenta años de escritura total.

De sus numerosas tragedias, *Edipo*, *Marianne*, *Zaire*, *Brutus*, etc., no queda nada sobre ninguna candileja; ni siquiera los más osados rebuscadores de cadáveres se han atrevido a levantar un dedo para rescatarlas del olvido. Desde las tablas, se empeñó en mantener una tradición a la que Molière había asestado el golpe de gracia: la expresión ampulosa de grandes sentimientos en versos de sonoridad retumbante que había ensalzado a Corneille y a Racine, había muerto a los pies de Tartufo y de las comedias con que Molière reflejó la realidad que rodeaba a la corte. Pero Voltaire no vivía en el siglo XVI, donde las normas del «buen gusto» dictaminado por Boileau –Voltaire consideraba su *Arte poética* superior a la de Horacio– había impuesto el oropel más rimbombante. El autor de EL INGENUO empezaría, así, siguiendo el dictado de las reglas del *Arte*, regidas por una especie de Razón Universal, y escribiendo, como orfebre, epigramas, madrigales y sonetos, convencido de que «la poesía es la elocuencia armoniosa».

Pero la Belleza era contraria al motor que iba a animar su adolescencia y el resto del siglo: tras tanta palabrería habían de llegar los inicios de la ciencia y el conocimiento de la naturaleza como medios para hacer del futuro de la humanidad algo más habitable. Los mitos griegos y los héroes romanos que pueblan la obra de Racine y de Corneille –y del propio Voltaire–, las religiones con sus dogmas y sus leyendas, de nada servían para esa búsqueda de progreso para la humanidad. Cuando Voltaire tiene tres años, aparece el *Diccionario histórico y crítico* de Bayle, que iba a inspirar el paso de la sociedad absolutista a la racionalista: el siglo XVIII no precisa ya de héroes emblemáticos, sino de un número lo más amplio posible de ciudadanos que, mediante el sentido común y unas normas de comportamiento regladas, sienten la base de la «civilización» nueva a la que aspiran, la «civilidad»: el ciudadano civil, servidor y usuario de una comunidad hecha para beneficio de todos. Voltaire no renuncia a incrustar, entre los alejandrinos de sus comedias romanas, griegas u orientales, la píldora útil, la moraleja que enuncia verdades relacionadas no con los grandes sentimientos, sino con la vida inmediata, con la realidad en que se movía el espectador.

Había que buscar la Verdad, no la Belleza, de la mano de la Razón: de eso se dio cuenta Voltaire cuando, tras salir por segunda vez de la Bastilla –la primera, en 1711, fue encarcelado por unos escritos; la segunda, por haberse envalentonado contra un aristócrata, el caballero de Roban, que además mandó apalea al joven bravucón–, se refugió en Inglaterra: sus *Cartas inglesas* suponen un cambio radical tanto para la carrera de Voltaire como para la cultura francesa, ya que, a partir de ese momento, todo será puesto al servicio del combate contra el oscurantismo y las nieblas que venían del pasado, impidiendo el avance de la Razón: poemas, obras de teatro, folletos, estancias, cuentos, sátiras, epístolas. Voltaire se convence de que «Nunca veinte volúmenes *in-folio* harán revoluciones: son

los libritos portátiles a treinta *sous* los que son de temer. Si los Evangelios hubiesen costado 1200 sestercios, la religión cristiana nunca se hubiese asentado».

Pese a este convencimiento, Voltaire seguirá escribiendo obras de teatro y secundando su afición primera, la poesía. Pero, discípulo de Boileau, la poesía era forma y norma; en cambio, en su retórica particular no entra nada que no concuerde con la definición de la prosa: orden, racionalidad y claridad de sentido meridiana, que disipen cualquier sombra y se conviertan en transporte de la primera ley exigible de la poesía: enseñar la virtud, la indulgencia y el amor al prójimo, además de servir, en caso de ataque, de arma arrojada.

El tiempo se ha encargado de reducir todo su esfuerzo a polvo: ¿quién se acuerda hoy de aquella *Henriade*, esa feroz requisitoria que lanzó contra la noche de San Bartolomé y la guerra religiosa, por más que demuestre su odio al fanatismo? Aunque *La Pucelle*, sobre uno de los mitos mayores de la historia de Francia, Juana de Arco, se convirtió en escándalo en su tiempo, y *Le Mondain* fue un breviario desenvuelto de epicureísmo religioso, hoy nadie lee esos poemas grandilocuentes. Si algo queda de Voltaire en el capítulo de la lírica es lo que escribió cuando, convencido de su inutilidad para fines de progreso, se tomó la poesía como una diversión e hizo epigramas y poemillas de circunstancias a distintas mujeres y temas intrascendentes; por ejemplo. *L'Épître du tu et de vous*; dos versos de esa composición,

*Si vous voulez que j'aime encore
Rendez-moi, l'âge des amours*

resuenan por ejemplo en la literatura española: en Baroja, que los cita y medita en su biografía, *Desde la última vuelta del camino*, y en Luis Cernuda, que se los incorpora tex-

tualmente en el último poema de *La realidad y el deseo*, «A sus paisanos»:

... Si queréis
que ame todavía, devolvedme
al tiempo del amor.

Poco más interés tienen sus incursiones por los campos de la ciencia, como los *Elementos de la filosofía de Newton*, salvo el haber convertido a Voltaire en un discípulo del sistema newtoniano, cuya grandeza fue uno de los primeros en captar; y, corolario de tal comprensión, el rechazo de Descartes, que seguía dominando el pensamiento filosófico francés con su teoría de los torbellinos, la materia sutil y los átomos ganchudos o curvados. Pero en su tiempo esos trabajos cumplieron una función determinante para el progreso del siglo: eran textos de divulgación de la ciencia reciente, como lo fue el *Discurso sobre el hombre*, cumbre en el terreno de la moral filosófica de las teorías científicas newtonianas.

En el ámbito de la historia, sus voluminosas obras, que llegan a pretenderse una historia universal de Europa y Asia desde la Edad Media hasta ese siglo XVIII, como el *Ensayo sobre las costumbres*, le valieron persecuciones y motivaron sus huidas, lo mismo que el *Diccionario filosófico*. Porque eran lo que Voltaire pretendía: textos –en el primer caso poco «portátil»– de lucha contra el fanatismo, cuyos horrores enumera desde la Alta Edad Media. Con mirada crítica, Voltaire decide denunciar los mitos –peor que las mentiras–, acabar con las fantasías nacidas de la superstición y madres del terror impuesto durante siglos por las religiones y, en particular, por la Iglesia católica. La libertad se convertía así en la primera meta del ser humano: para alcanzarla se precisaba el triunfo de la Razón, que, a pesar de todos los accidentes de la historia, es la que rige la vida de los hombres, acompañada de la «be-

nevolencia natural» de los seres humanos entre sí: eso cree Voltaire, al menos hasta los años cincuenta, cuando, tras la muerte de su amiga Mme. du Châtelet, se refugia en la corte de Federico II, que lo llama a su lado, y esa relación termina siendo un fracaso capaz de poner en cuestión todo su sistema de creencias, empezando por la amistad.

Si la creencia en la bondad natural del hombre –le lleva, por ejemplo, a sostener que los antropófagos se comen a sus parientes para darles «una tumba en el seno filial, en lugar de dejarlos comer por los vencedores»– hace a Voltaire compañero de su gran enemigo, J.-J. Rousseau, por lo menos hasta mediados de siglo, su confianza y fe en el progreso tuvo asiento más sólido: lo demuestra su *Siglo de Luis XIV*, que aparece en 1751 completando su *Ensayo sobre las costumbres*, justo en el momento en que se publica el primer volumen de *La Enciclopedia*, auténtico golpe de timón para la historia de la Humanidad.

Esos años cincuenta son decisivos, tanto para Voltaire como para Europa, tanto para la historia de los pueblos centrales del continente como para la vida personal e intelectual: el inicio de la guerra de los Siete Años ensombra la época feliz de la riqueza y de la hegemonía de Francia: sobre Versalles y el esplendor que había dejado Luis XIV corre una nube que descargará sobre el país derrota tras derrota, haciendo que el gobierno se vuelva hacia el pasado y se refuerce la reacción clerical a medida que avanzaba la amenaza del enciclopedismo. Refugiado en la finca de Ferney, junto a Ginebra, pero en territorio francés. Voltaire inicia la última etapa de su vida desarrollando una actividad constante en la que desaparecen todas las veleidades literarias: los últimos veinte años de su existencia se dedican al combate, a los textos «portátiles» contra el fanatismo y las ideas religiosas, porque el resultado de la guerra de los Siete Años –victoria de los poderes protestantes sobre los poderes católicos– no solo no le da nin-

guna confianza, sino que parece volverse contra él: el partido devoto, más débil, se vuelve más agresivo, y Voltaire se convierte entonces en defensor de las víctimas de la intolerancia y la intransigencia religiosa. Surgen así sus textos «de defensa» del pastor protestante Rochette, de un comerciante llamado Calas, del caballero de La Barre; no pudo impedir la ejecución de ninguna de estas tres víctimas de la intransigencia religiosa, pero desde Ferney, con pluma y papel como únicas armas, Voltaire consiguió demostrar el poder de un «intelectual» y enarbolar un concepto nuevo, el de «tolerancia», que es el que también le convierte en nuestro contemporáneo.

Crece en esos últimos veinte años el número de *Mélanges*, de folletos de lucha, de libros portátiles contra el fari-seísmo, contra la injusticia, contra la hipocresía, contra todos los ídolos sobre los que se asentaba la organización social del siglo XVIII. Pero, si colaboraron a labrar la estatua del personaje Voltaire, de la «idea volteriana», lo cierto es que hoy, si dejamos a un lado las *Cartas inglesas*, el *Tratado sobre la tolerancia* y el *Diccionario filosófico*, apenas resultan legibles todos estos textos, salvo para expertos, historiadores y científicos. El concepto mismo de literatura ha cambiado y aquellos títulos –sobre todo los de teatro y la poesía– en los que Voltaire basaba sus esperanzas de inmortalidad son pasto del polvo en las bibliotecas.

Como en muchos otros casos, lo que el escritor piensa poco duradero es lo que perpetúa su nombre. Cervantes confiaba en *Los trabajos de Persiles y Segismundo* como en el «bronce perenne» horaciano; pero no fue esa novela escrita con un pie en el estribo, sino otra, *Don Quijote*, objeto de la rechifla –probablemente envidiosa– de las gentes de letras de su tiempo y de las burlas y risas de todos, la que hace de Cervantes un escritor vivo. ¿Cómo podía imaginar Voltaire que sus sesudas obras históricas, sus trabajados poemas de duro verso neoclásico serían despreciados por vacuos y retóricos, mientras sus cuentos, escri-

tos un poco por pasar el rato, y que como primer defecto tenían el de ser personales y destilar sus propios humores, los subjetivos vaivenes de su carácter, serían los portadores de su nombre? Sus obras eruditas, compendio de muchas observaciones hechas por otros, se ven ahora como testimonio de época superado, con abundantes anotaciones en los márgenes insinuando errores, fuentes, etc. Lo más personal que Voltaire escribió –y, por tanto, lo menos transferible, desde su punto de vista, como valor universal –, la *Correspondencia*, es junto con su volumen de *Novelas y cuentos*, la parte más viva, la escritura más natural, más sobria, menos retórica.

Era impensable para él; pero los caminos de la creación tienen poco que ver con la erudición y la retórica, y cualquier tarea erudita, al cabo de unos pocos años, con la viva marcha con que en la actualidad caminan los estudios de investigación, queda superada, amortajada y lista para el olvido. Sin embargo, en la *Correspondencia* encontramos a un hombre que habla por él y desde él, desde los pulsos propios, que late como individuo ante los hechos, que emite opiniones que no ha encontrado en ninguna *summa theologica* o pagana: todo está en el individuo llamado François-Marie Arouet de Voltaire, un carácter lleno de manías, de lo que en moral se llaman defectos, pero que constituyen la parte más propia de quien los posee. En la *Correspondencia* y en sus *Novelas y cuentos*, Voltaire respira en cada línea, con un sentido de la justicia –y también de la injusticia–, con sus noblezas y sus infamias –contra J.-J. Rousseau de modo especial–, con sus acusaciones justificadas o sus venganzas personales, como esos nombres que a lo largo de los cuentos perpetúan –pueden verse en las notas a la traducción– apellidos de ilustres desconocidos que en un momento dado se cruzaron, para bien o para mal, con Voltaire; y este los anota pacientemente, inscribiendo el de los amigos o personas adictas a él o a sus causas, para personajes positivos,

mientras los de los enemigos quedan adjudicados a jesuitas hipócritas, a esbirros y alguaciles, a malhechores. Pobre venganza, porque nadie se acuerda ya de esos personajes: quizá el hecho más «notorio» de su vida, sin pretenderlo, fue cruzarse con este escritor de memoria larga para ofensas y malquerencias.

Ahí radica la modernidad de Voltaire: el hombre que en él había; algunos conceptos que enuncia por encima del polvo de las pelucas versallescas, de los tirabuzones y el lujo de la corte francesa bajo los Luises; su conciencia, heredada del barroco, de que el hombre es nada. Pero, a diferencia de los barrocos —que hacían, con ese y otros conceptos semejantes, misticismo—, en Voltaire se produce la burla, la ironía:

El hombre es un animal negro con lana en la cabeza, que anda sobre dos piernas, manteniéndose erguido casi como un mono, menos fuerte que los otros animales de su tamaño, con un poco más de ideas que ellos y mayor facilidad para expresarlas; sujeto por lo demás a las mismas necesidades, nace, vive y muere igual que aquellos.

Y no es este pensamiento producto solo de una época de amor a la naturaleza, de un ecologismo *avant la lettre*, ya activo en ese hombre natural de los enciclopedistas, en *Las ensoñaciones del paseante solitario* de J.-J. Rousseau, o en la educación que recibe el joven ideal de la Ilustración, *Emilio*. La constatación que Voltaire hace de los opuestos naturaleza/sociedad llega a la burla. No es tan sencillo acabar con el hombre social: el propio Rousseau sabía imposible el «hombre natural».

Si este es una meta imposible, también puede ironizarse contra él, a la vez que el dardo de la sátira hiere al otro, al ser que ha alcanzado el grado de conocimiento que en el siglo XVIII tenía la sociedad francesa: